

del viaje) no deviniera, él mismo, enciclopedia de bolsillo del viaje que ahí se estudia y también se estimula por el lado del lector.

OSMAR SÁNCHEZ AGUILERA

Tecnológico de Monterrey, Campus ciudad de México.

ALEJO CARPENTIER, *A puertas abiertas. Textos críticos sobre arte español*.

Compilación y edición de José Antonio Baujín y Luz Merino, Santiago de Compostela, Biblioteca de la Cátedra de Cultura Cubana Alejo Carpentier, Universidad de Santiago de Compostela, 2004.

Concierto crítico

El juicio sobre una obra siempre es arriesgado; implica algo de profecía, de permanencia a partir de conocimientos formales acerca de la forma, el color y la intencionalidad. Hasta el surgimiento de la disciplina que estableció la crítica como un saber especializado, los escritores se han asomado al mundo de las artes plásticas con las herramientas del *amateur* que ejercita su gusto e intuición. No se introduce en esta breve reseña esa supuesta polémica en torno a la crítica denominada “poética”, aquella realizada por escritores y que apelaría a la sensibilidad con la belleza de sus figuras y metáforas, y la denominada crítica “científica”, hecha por especialistas y destinada a la razón gracias a la austeridad de su lenguaje y la riqueza de sus conceptos.

La pasión que las artes visuales han despertado en numerosos escritores no es nueva. A lo largo de los siglos poetas y escritores han experimentado el *llamado de la pintura*, esa suerte de fascinación y curiosidad que despierta otra forma de creación a la vez complementaria y distante. Muchos de los textos sobre pintura y otras artes visuales han calado hondo en la historia de la crítica; algunos son, incluso, casi canónicos. La figura del escritor crítico no es exclusiva de una tradición francesa, aunque ésta sí representa una de las “escuelas” más influyentes. Así, han hecho crítica, o bien han tomado partido por diferentes movimientos estilísticos, escritores como Stendhal, testigo de las turbulencias entre románticos y clásicos, Baudelaire, modelo del poeta crítico en cuyos trabajos acerca del arte puede tomarse el pulso a una modernidad frenética, o Apollinaire y Breton, envueltos en los devaneos de las vanguardias “heroicas”.

El mundo hispánico ha padecido una carencia de escritores que analicen el devenir de su pintura. Los Siglos de Oro español no tuvieron la crítica que su grandeza merecía, y fue precisamente un francés, Teófilo Gautier —ese enamorado de lo griego—, quien con relativa fortuna descubre para Europa el universo místico de El Greco y la estatura de Goya. Pero si a España faltan escritores críticos, América Latina ha contado con ejemplos notables. En México constituye una tradición la influyente presencia de la crítica de arte que han hecho escritores como Octavio Paz, Luis Cardoza y Aragón o Juan García Ponce.

El caso de *A puertas abiertas. Textos críticos sobre arte español*, aborda el trabajo de crítica de arte de uno de los escritores más importantes del canon de nuestra América, Alejo Carpentier, integrante, a la par de Darío, Borges, Reyes, Paz o Guimaraes Rosa, de ese olimpo latinoamericano, diestro competidor de las grandes ligas mundiales. Su trabajo como escritor —huelga decirlo— ha sido ampliamente estudiado, no así su confesa pasión por el arte y en especial por el arte español que hizo, junto con la música, el contrapunto a su literatura. Su enorme erudición, producto del clima intelectual de su años de formación “lo dota de más de un ‘violín de Ingres’”, al igual que su visión de la cultura, como un gran depósito de saberes que comunican al hombre a través del tiempo y el espacio, le confieren la cualidad del humanista en su acepción más histórica, más renacentista.

El exhaustivo estudio preliminar llevado a cabo por los investigadores José Antonio Baujín y Luz Merino es una introducción bien pensada y mejor escrita sobre los avatares del escritor cubano en el mundo del arte, aspecto muy vinculado a su trabajo como ensayista y periodista en diarios de La Habana y Caracas, principalmente. Sus artículos periodísticos son, a decir de los autores, “el principal documento paratextual de su ficción” y representan un testimonio que lo centra y ubica históricamente como hombre de su tiempo.

La vasta cultura de Carpentier tenía como uno de sus puntos principales un auténtico conocimiento de la historia del arte y, particularmente, del arte europeo de los siglos del Renacimiento y el Barroco. Ese conocimiento le permite viajar a los distintos momentos de la historia y desentrañar las continuidades y rupturas que se han producido en la tradición pictórica. Llama la atención que sus afinidades francesas no hayan sido óbice para alcanzar una auténtica admiración por el arte español. España es la cuna de una vigorosa corriente artística que por méritos propios tiene un lugar de primer orden en la historia del arte universal. El autor de *La consagración de la primavera* recorre con la misma pa-

sión y asombrada mirada la belleza y monumentalidad de la ciudad de Toledo y las etapas pictóricas de Picasso; o visita el Escorial, esa metáfora del absolutismo en piedra, con el mismo regocijo que contempla una pintura de Miró. Sí, el escritor cubano navega en el tiempo y ante él desfilan estilos, tendencias, rupturas y restauraciones, que forman parte de esa historia circular que en muchas ocasiones es la historia del arte.

Si hay algo verdaderamente sorprendente de la crítica de arte de Carpentier es su impronta moderna. Su gusto por las corrientes artísticas más tempranas y revolucionarias del siglo veinte. Apenas hay que leer los nombres de Picasso, Miró, Dalí, para saber que al escritor cubano le interesaron los movimientos artísticos modernos y, entre ellos, de manera especial, el cubismo y el surrealismo. No es un mérito que deba pasarse por alto; el arte de la modernidad no ha desatado siempre pasiones entre nuestros escritores, al menos en los años en que se desarrollara el fecundo trabajo de Carpentier. Su mirada, seducida por ese arte, fue más bien una excepción. Muchos escritores optaron por los valores seguros del pasado. El “gran arte” como una huida frente al desasosiego de los tiempos modernos.

A propósito de lo anterior, me vienen a la memoria dos casos conspicuos: Jaime Torres Bodet y Manuel Mujica Láinez, diletantes impregnados de nostalgia, cuyo modelo no puede ser otro que el escritor y académico italiano Mario Praz. Aunque no hay que olvidar que escritores mexicanos del grupo de los Contemporáneos —especialmente Xavier Villaurrutia— habían conocido y degustado el arte de las vanguardias y escuelas modernas, en especial de una de claras reminiscencias clásicas como la Escuela Metafísica italiana, que dejaría huella en una etapa del arte mexicano. Por ello no es asunto menor que Carpentier haya sido un hijo de su tiempo y tuviera tal aprecio por la obra de Picasso, sobre todo por la enorme influencia que el artista malagueño ejerció en el arte universal, incluyendo a artistas cubanos como Wilfredo Lam.

Otro mérito innegable en la crítica carpenteriana es su gusto por la anécdota y el comentario, elementos que enriquecen y hacen disfrutable la lectura de sus artículos. Su prosa está salpicada de digresiones y pequeños subrelatos en los que se narran aspectos laterales que de pronto se hacen centrales y nos dan una idea más clara, y sobre todo más amena, del sujeto de la crítica.